

descuidaron las precauciones de seguridad, y una noche á la entrada del invierno se despertaron viendo arder los techos de sus chozas, incendiadas por los indios que degollaban á cuantos españoles podían. Soto, que siempre dormía completamente armado, fué el primero que se arrojó contra los enemigos, pero aunque estos quedaron rechazados no fué sino despues de haber causado á los españoles 40 bajas además de 50 caballos que perdieron en el incendio y en la refriega. Soto trasladó su cuartel de invierno á Chicacolla, situada á una legua de distancia, pero mas fácil de guardar, y mas favorable para los caballos, que el lugar donde se habia dejado sorprender por el enemigo. Sin embargo los indios no dejaron un solo dia de hostilizar al ejército español, y cuando este á fines de marzo volvió á emprender su marcha, tan pronto en direccion Oeste como del Sudoeste, hubo de luchar constantemente con las hordas salvajes que se renovaban sin cesar. Al parecer pasó por la cuenca superior del Alabama y bajó siguiendo el Tennessee en su curso medio, observando que este último rio tenia la anchura del Guadalquivir cerca de Sevilla. Finalmente llegó al Mississippi, donde el ejército reducido ya por las continuas bajas á la mitad, se puso al servicio de un cacique que estaba en guerra con un vecino suyo. Bajaron los dos ejércitos en 80 canoas el rio hasta el territorio enemigo donde tomaron y destruyeron la capital, en cuya ocasion conocieron los españoles por primera vez la costumbre feroz de los salvajes de la América del Norte de llevarse como trofeo la cabellera con la piel de la cabeza arrancada á los enemigos muertos ó heridos. Concluida esta campaña pasó Soto con su ejército el rio, y encontró al otro lado comarcas feraces y muchos pueblos. En una de estas comarcas llamada Quigualtangui, cayó enfermo de calenturas malignas el valiente capitán que hasta entonces habia soportado incansable é inflexible todos los peligros, penalidades y privaciones, compartiéndolos fielmente con sus soldados que por esto y por sus demás cualidades le tenían en gran estima. Murió el 21 de mayo de 1541 á la edad de 42 años despues de nombrar en su lecho de muerte sucesor suyo en presencia de todos sus capitanes á Luis de Moscoso de Alvarado. El cadáver de Soto fué enterrado de noche, metido en un ataúd y este bajado al fondo de un ramal del rio, donde tenia 19 varas de profundidad, á fin de que los indios ignorasen su muerte y el sitio donde estaba sepultado.

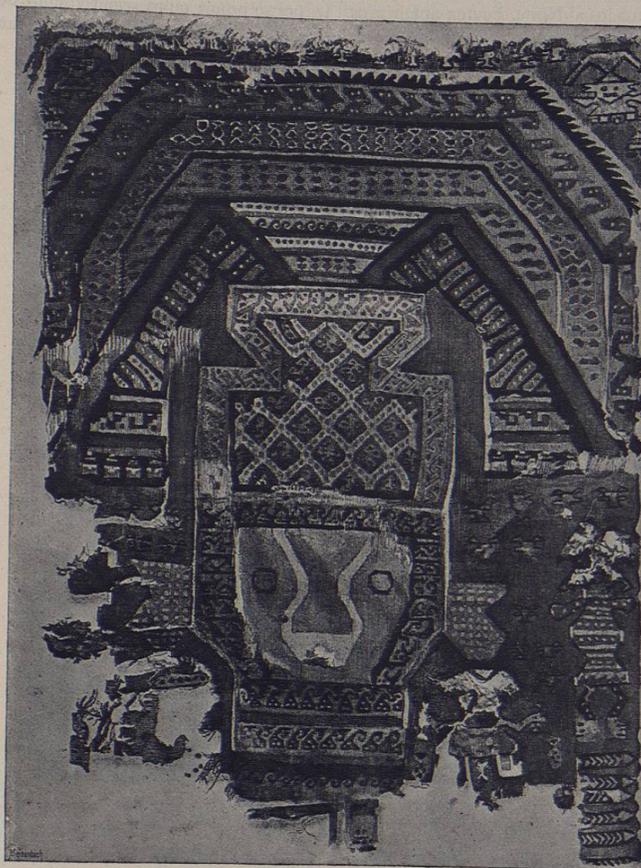
El 5 de julio volvió el ejército á emprender su marcha al Oeste, atravesando á grandes jornadas 100 leguas de páramos estériles y desiertos, donde los mismos guías perdieron la orientacion. Viendo delante una cordillera elevadísima, que evidentemente eran las Montañas Roquizas, faltos de víveres, extenuados todos y en medio de inconmensurables desiertos, dispuso el nuevo jefe el regreso al rio grande, el Mississippi. En el camino sucumbieron muchos hombres por efecto del cansancio, del hambre ó á manos de los salvajes; tenían que conquistar los víveres á precio de sangre; y noche hubo en el mes de noviembre en los llanos del Mississippi en la cual todos los hombres de la expedicion, por no encontrar sitio donde acampar, descalzos, medio desnudos, abrigados miserablemente con pieles de animales, tuvieron que pasar los jinetes á caballo y los infantes hasta la rodilla, metidos en el agua. Habían llegado al rio unas 16 leguas mas arriba del punto donde lo habían pasado en verano, y allí se fortificaron los 320 hombres de á pié y 70 caballos á que habia quedado reducido el ejército, en un lugar rodeado de zanjas de agua profundas, donde pasaron el invierno durante el cual sucumbieron todavia á consecuencia de los inauditos y sobrehumanos trabajos que habían pasado, gran número de infelices, entre ellos aquel Juan Ortiz que, el último miembro de la expedicion de Narvaez, habia estado ocho años prisionero entre

los indios y habia recobrado su libertad solo para morir miserablemente en medio de horrosas privaciones léjos de su patria. Un cacique vecino proveyó á los infelices de mantas y víveres, y así pudieron pasar el invierno que fué el último de esta desgraciadísima campaña. La única esperanza que los sostenia era bajar por el rio y llegar por la costa á una colonia española. Con este propósito construyeron siete lanchas sólidas, espaciosas y cubiertas en los dos extremos, pero las colosales crecidas primaverales de aquel rio gigantesco duraron muchas semanas. El 10 de marzo empezó á notarse la primera subida; el 20 cubria el agua toda la inmensa llanura de la cuenca y el 20 de mayo era tan general la inundacion que solo se podia transitar en el interior de la poblacion construida en una eminencia, que habitaban los españoles. Hasta el dia de San Juan no fué posible dejar las lanchas convenientemente aprovisionadas, y solo en los últimos dias del mes de junio pudo emprender el ejército el viaje fluvial, embarcándose en cada lancha aproximadamente 50 españoles y 4 indios de ambos sexos que voluntariamente se habían ofrecido á acompañar á la expedicion. Las tribus ribereñas establecidas mas abajo, que habían observado todos los preparativos, habían decidido impedir el paso á los extranjeros y exterminarlos, á cuyo fin los aguardaron con 1000 canoas de guerra, muchas con 50 remeros, 25 en cada lado, sin contar los guerreros que pintados de negro y azul las tripulaban. Al través de esta flota formidable fué preciso abrirse paso á la fuerza, lo que dió lugar á una lucha horrosa que duró 10 dias y costó la vida á muchos españoles. Siguiendo luego su camino se fué ensanchando tambien el rio tanto que desde el centro á duras penas podían distinguir los navegantes la orillas bajas, y á los 19 dias de navegacion llegaron al mar donde sin brújula ni mapas no tuvieron mas recurso que seguir la costa hácia el Oeste hasta llegar á la Nueva España ó sea Méjico. El primer dia encontraron continuamente agua dulce, tan grande era la potencia de las aguas que el Mississippi arrojaba al mar. Habían navegado 53 dias á lo largo de la costa renovando sus provisiones con la pesca en extremo productiva, y cargando de cuando en cuando agua dulce en los puntos á propósito, cuando al cabo de este tiempo estalló una gran tempestad acompañada de aguaceros que llenaron las embarcaciones de agua y amenazaron hundirlas, obligando á los desgraciados navegantes á trabajar 26 horas sin dormir ni tomar alimento hasta que tuvieron la suerte de encontrar un punto favorable para saltar en tierra. Creyendo estar próximos á la Nueva España dejaron sus embarcaciones y marcharon por la playa que se dirigia allí hácia el Sur; pero despues de haber andado unas 13 ó 14 leguas se hallaron todos tan rendidos de cansancio y de hambre que se echaron en el suelo, y casi al término de su larga peregrinacion parecían condenados á perecer sin remedio en aquella soledad. En tan duro trance ofrecióse Gonzalo Cuadrado Jaramillo á recorrer el país la misma noche en busca de auxilio, con otro compañero, ambos como todos los demás descalzos y casi desnudos y armados solamente con su espada y escudo. Hicieronlo así, mientras el resto de la expedicion buscaba alivio en el sueño, y no tardaron en encontrar indios que les dijeron que estaban cerca de Panuco y de consiguiente ya en territorio mejicano. Fueron, pues, á la poblacion citada, donde el gobernador recibió cariñosamente á sus compatriotas que con sus barbas y cabelleras largas y enmarañadas, y su desnudez mal cubierta con pieles, parecían mas bien repugnantes salvajes que personas civilizadas. Envió al instante noticia de su llegada al virey Mendoza, que por su parte se apresuró á mandar en abundancia á los desgraciados ropas, víveres, medicinas y demás cosas necesarias.

27.—Campaña de Coronado á Cibola y á Quivira.

Estos aventureros quedaron curados para siempre de sus ilusiones de hacer fortuna en tierras ignotas; algunos volvieron á España; otros se quedaron en Méjico; muchos sin oficio ni carrera se dejaron enganchar para la conquista del Perú, y algunos ingresaron en órdenes monacales. Así quedó disuelto y dispersado el último resto del gran ejército acudido por Soto, contribuyendo con sus relatos á desacreditar tan completamente la cuenca del Mississippi, que no volvieron los españoles mas por allí con ideas de conquista.

Despues de realizada la conquista de Méjico dirigieron los españoles sus miradas á los territorios situados al Norte de este país que se extendian hasta una distancia incalculable segun se habia observado en las muchas expediciones inauguradas ya por Cortés que habían explorado las costas del Grande Océano. Por tierra avanzaba la nueva poblacion española de Méjico poco ó nada en direccion del Norte por



Tejido de gobelin encontrado en la necrópolis de Ancon.

La trama es de hilo fuerte de algodón y la cadena de hilo de lana finísimo. El centro representa una cara coronada de una gorra grande de la cual salen dos orejas angulosas y colosales

ser ya la parte septentrional del vireinato mucho mas desierta y estéril que el lado opuesto; de modo que para organizar expediciones exploradoras aun mas al Norte era menester un aliciente poderosísimo, el del oro y de tesoros de piedras preciosas. Este aliciente, bien que completamente ilusorio, se presentó en efecto; fué creído y se organizaron las expediciones hasta que quedó probado que todas aquellas noticias halagadoras habían sido solo fábulas corrientes entre los naturales sencillos é ignorantes del país ó una solemne superchería.

El presidente de la audiencia pretorial de Méjico, Nuño de Guzman, que tuvo á su cargo la administracion civil de aquel vireinato desde el año 1528 hasta 1531, supo en 1530

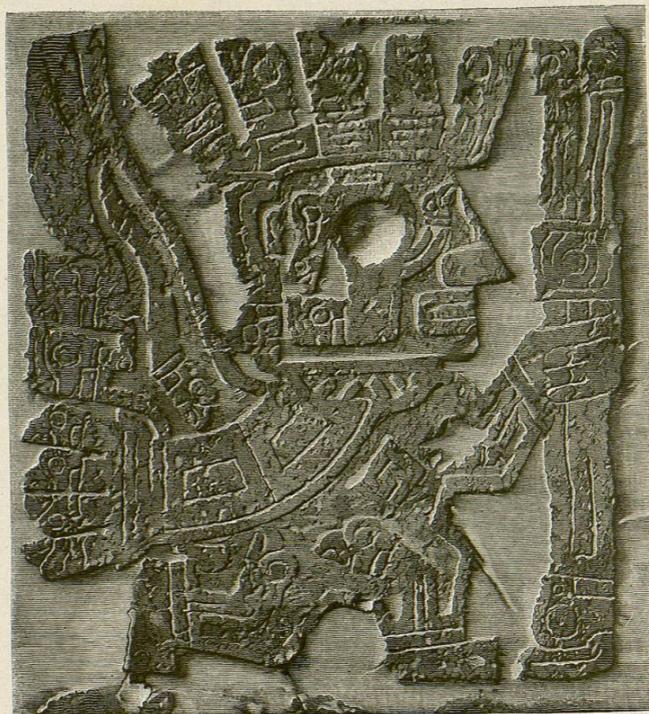
por un indio que al Norte de Méjico habia un país llamado Tejas en el cual pretendió haber visitado siete ciudades cada una tan grande como Méjico con calles enteras formadas de tiendas de joyeros, y que se llegaba allí en 40 jornadas atravesando siempre desiertos.

Sobre esta noticia basó Nuño de Guzman su empresa de penetrar con 400 españoles y 2,000 indios hasta aquel país; pero marchando con su expedicion á lo largo de las estribaciones occidentales de las altas mesetas, encontró tan grandes dificultades, que resolvió detenerse en Culiacan, colonizar con su gente esta localidad y renunciar á su empresa de exploracion, hasta poder volver á ella desde el mismo Culiacan como base nueva y mas próxima al país que buscaba.

Cuando llegaron en 1536 al territorio de la Nueva España los últimos restos de la expedición desgraciadísima de Narvaez, á saber, Nuñez Cabeza de Vaca, Dorantes, Maldonado y el negro Estebanico, esparcieron de nuevo la fábula de las ciudades ricas del Norte, diciendo que en ellas tenían las casas de seis á siete pisos y las puertas y paredes adornadas de piedras preciosas.

En vista de estas nuevas relaciones el virey Mendoza, que gobernó en Méjico desde 1535 á 1537, mandó al comandante de Culiacan, Coronado, que enviara una comision exploradora á los territorios situados al Norte. Fueron nombrados para esta mision el cura Marcos de Niza, el fraile francisca-

no Honorato y el negro Estebanico que se pusieron en camino en la primavera de 1539 (1). Honorato se quedó en la Sonora por haber caido enfermo; y los otros dos siguieron adelante acompañados de algunos indios. El negro fué enviado delante para explorar el terreno. De trecho en trecho, encontraron los exploradores alguna que otra aldea aislada y solitaria de indios, pero cada vez se confirmó mas la noticia de la grande ciudad de Cibola, y cuando estuvieron ya próximos á ella supieron que su guía explorador Estebanico habia entrado en ella, pero que los habitantes le habian dado muerte, por su propia culpa segun resultó despues. Esta noticia desanimó á los indios que acompañaban al cura Marcos de



Escultura del portal del palacio de los incas cerca de Cuzco

Niza, tanto que este solo con mucho trabajo y buenas propinas logró que le acompañaran hasta que viera, siquiera de léjos, la ciudad maravillosa. Vióla en efecto en una gran llanura á la falda de un cerro redondo; pareciéndole, quizás por una ilusion óptica, mas grande é importante que Méjico. Gran deseo tuvo de entrar en la ciudad para ver si era verdad lo que contaban de ella, pero la casi seguridad de pagar su arrojio con la vida y la consideracion de que en este caso ninguna noticia de lo que habia descubierto llegaría á Méjico, le hicieron desistir de su empresa. Contentóse con levantar un gran monton de piedras en la altura donde se encontraba, coronarlo con una pequeña cruz y tomar posesion del país en nombre del virey; al cual despues en setiembre de aquel año relató todo cuanto habia observado.

En su viaje de regreso habíase presentado el cura Marcos de Niza á Coronado en Guadalajara, y este último dando poca fe á su relacion, mandó en seguida al capitán Melchor Diaz á recorrer el camino que habia seguido y descrito el sacerdote, y ver si efectivamente era verdad todo lo que habia dicho;

pero Diaz no pudo llegar hasta el término del viaje porque los rigores del invierno le impidieron pasar adelante en aquellas comarcas frias y deshabitadas, teniendo que ceñirse á relatar á Coronado en una carta fechada el 20 de marzo de 1540, lo que en el camino habia visto y oido, rebajando muchísimo las descripciones entusiastas del cura, pero confirmando por lo que le habian dicho, la existencia de las famosas siete ciudades de las cuales Cibola era la principal.

Todas estas noticias reunidas indujeron al virey á enviar á Coronado mismo con un ejército de mas de 1000 hombres entre españoles é indios, en la primavera del año 1540, á tomar posesion de los territorios al Norte de Méjico y agregarlos á este vireinato. Desde la capital pasó el ejército por Compostela á Culiacan, desde donde fué preciso enviar delante un destacamento explorador para buscar los caminos y pasos

(1) Véase la relacion de Marcos de Niza en la Coleccion de documentos inéditos relativos al descubrimiento, tomo III, pág. 329 hasta 350. Madrid 1865.

mas practicables, mientras seguian la misma direccion del Norte tan cerca de la costa como era posible dos buques mandados por Pedro de Alarcon (1). Desde Culiacan tomó la expedicion terrestre la direccion del Noroeste hasta los 30° de lat. N., desde donde se dirigió al Norte y mas adelante al NE. Atravesó la cuenca de la Sonora y al llegar al rio San Ignacio subió á la region alta en direccion Nordeste hasta la cuenca superior del rio Santa Cruz ó Nexpa, cuyo curso siguieron los expedicionarios durante dos dias. Despues cruzando llanuras solitarias llegaron al rio Gila que el ejército pasó en almadías, por cuya razon se le llamó rio de las Balsas. Dejando á un lado las estribaciones del Sudoeste

de la meseta del Colorado, y tomando á este fin la direccion Este, despues de haber pasado una montaña cubierta de abetos, siguió el ejército al Nordeste atravesando praderas, llanuras, barrancas y regiones montuosas, desiertas y áridas hasta llegar finalmente á Cibola, primeramente la vanguardia exploradora y quince dias despues el cuerpo principal. Todos habian hecho el viaje á pié llevando cada hombre sus provisiones y los caballos tambien las suyas y la impedimenta; pero despues de tantas fatigas vino el desengaño mas cruel, porque la famosa ciudad de Cibola, donde tanto y tan rico botin se habian prometido y que el cura Marcos de Niza habia presentado con colores tan seductores, no llegaba, segun



Escultura del portal del palacio de los incas cerca de Cuzco

muchos de la expedicion dijeron en su despacho, á un cortijo de Méjico. Toda la poblacion, construida de piedra y barro en la cima de una peña, á duras penas podia dar alojamiento á 200 guerreros; por cuya razon fué tomada sin trabajo, y fueron arrojados de ella los indios. Toda la comarca era fria por su gran elevacion, y el suelo arenoso estaba cubierto de escasa yerba. Los habitantes se cubrian las carnes pobrememente con paños de algodón y con pieles. Allí no habia que buscar tesoros, y las otras seis ciudades magníficas que se decian mayores que Méjico eran pueblecillos situados á una distancia de seis leguas de la mísera capital.

Muchos eruditos americanos y viajeros han esforzado su ingenio para encontrar ó fijar el sitio donde estaban Cibola y las seis ciudades que la rodeaban y se ha llegado al resultado de que el pueblecito de Zuñi á orillas del rio del mismo nom-

bre es la antigua Cibola (2). Este rio Zuñi es un afluente del Colorado chico, que lo es á su vez del Colorado del Oeste. La poblacion está situada en el territorio del Nuevo Méjico cerca de la frontera del de Arizona á los 35° de lat. N. Segun dice el general norte-americano Simpson en su trabajo sobre Cibola, la actual poblacion de Zuñi vista desde una distancia de tres millas parece como una loma de piedra, baja y pardusca. Las casas de la ciudad suelen tener tres pisos adosados á la montaña, de modo que no están uno encima del otro, sino que forman casi cada uno una casita aparte con un terrado delante. Las calles que conducen á las hileras superiores son angostísimas. El lecho del rio Zuñi tiene 150 metros de ancho, pero solo en el centro corre el agua en una anchura de dos metros y llega en medio apenas al tobillo. A orillas del rio Bermejo se encuentran en las inmediaciones de la ciudad de Zuñi las ruinas de los otros seis pueblos que casi

(1) Véase la relacion de Coronado en la Coleccion de documentos inéditos relativos al descubrimiento, tomo III, pág. 329-350, y su carta al emperador en la misma obra, tomo XIII; las relaciones de su capitán Jaramillo en el tomo XIV y la de Castañeda en la obra de Ternaux Compans: *Voyages, relations, etc.* Paris 1838.

(2) Véase el trabajo crítico del general J. H. SIMPSON en el *Smithsonian Report* del año 1869, pág. 309-340. Este autor visitó el país y apoya su conclusion además en la opinion del ingeniero Hutton que recorrió el mismo país con Whipple y Parke en los años 1853 hasta 1856.

se tocaban el uno al otro. Por lo demás, ya dijo Antonio de Espejo (1) que visitó el país en 1583, que los españoles de la expedición de Coronado habían dado el nombre de Cibola al pueblo llamado Zuñi por los indios.

Durante la marcha á Cibola había enviado Coronado desde el río de la Sonora al capitán Melchor Díaz con 25 hombres para explorar la costa, ver si encontraba allí los dos buques de Alarcon y dar á este órdenes; pero Díaz siguió toda la costa hasta el extremo Norte del golfo de California y aun subió por el río que allí desemboca sin encontrar rastro alguno de los buques, hasta que examinando el tronco de un corpulento árbol descubrió grabada en su corteza la noticia de que Alarcon había llegado allí en lanchas y que había enterrado al pié del árbol una carta. Efectivamente se encontró esta carta y decía, que el autor había aguardado allí mucho tiempo, y no pudiendo ir mas adelante, porque siguiendo la costa había pasado al otro lado del golfo y en lugar de hallarse en contacto con el ejército de Coronado se había alejado de él, había vuelto atrás.

Alarcon había salido para su viaje del puerto de Natividad el 9 de mayo de 1540; en Jalisco se le había agregado un buque de transporte con provisiones para la expedición terrestre, y en agosto había llegado al extremo septentrional del golfo. Había subido en lanchas por el río Colorado, que llamó Río de la Buena Guía navegando 85 leguas, y haciendo todo lo humanamente posible para ponerse en contacto con el ejército; pero en vano. Su piloto mayor Domingo del Castillo levantó el plano de las costas del golfo, probando que la Baja California era una península; pero á pesar de esto, predominó hasta mediados del siglo pasado la opinion de que aquella tierra era una isla. Una copia del mapa de este piloto fué publicada en la obra de Lorenzana: *Historia de Nueva España*, impresa en el año 1770 en Méjico.

El capitán Díaz, enviado por Coronado en busca de Alarcon y de sus buques, murió de un accidente desgraciado junto al mismo río Colorado, y su destacamento regresó á consecuencia de esto directamente á Méjico.

Coronado había fijado entre tanto su residencia y cuartel general en Cibola, desde donde sometió las comarcas inmediatas, enviando destacamentos en diferentes direcciones para explorar los territorios mas distantes; y habiendo una de estas columnas oído hablar en la comarca de Tuzan ó Tuzaya de un gran río mas al Norte, el jefe de la columna envió á García Lopez de Cárdenas á descubrir aquella gran corriente. Cárdenas atravesó con su destacamento la meseta del Colorado, y llegando al borde del cañon (ó sima prolongadísima) del gran río, retrocedió horrorizado del aspecto que ofrecía la dilatadísima comarca que figura todo un mundo de confusas y gigantescas ruinas y escombros. Allí hay montañas desgarradas como simples terrones de barro por el efecto de la sequedad; peñascos mas altos que torres de catedrales, desprendidos de las masas principales como insignificantes aristas, manteniéndose erguidos y amenazando caer á cada instante, porque su corpulencia desaparece comparada con su altura; simas de leguas de longitud, y cuya profundidad insondable parece perderse en el centro de la tierra; pero que no excede de 100 metros, segun han probado sondeos modernos hechos en el Gran Cañon. Todo esto, y los bramidos de los torrentes que corren por el fondo tenebroso de los abismos y socavan lenta pero incesantemente las bases de los gigantescos peñascos, forman un espectáculo tan salvaje, y al mismo tiempo tan grandioso y titánico, que no encuentra rival en ninguna otra parte del mundo.

A los españoles que iban con Cárdenas parecieron aquellas

(1) Véase HAKLUYT, *Voyages*, tomo III, pág. 394. Londres, 1600.

simas de tres ó cuatro leguas de profundidad, y buscando un punto por donde bajar y llegar á uno de los torrentes para apagar su sed, anduvieron tres días errantes por el borde de la meseta. Algunos temerarios probaron á bajar pasando de risco en risco, pero pronto hubieron de renunciar á su empresa y contentarse con poder volver otra vez á la meseta, diciendo que algunos peñascos que desde arriba parecían tener el tamaño de un hombre eran en realidad mas altos que la catedral de Sevilla (2). Ante tan invencible obstáculo retrocedió Cárdenas y volvió á reunirse con su jefe. Había visto la parte mas grandiosa del Colorado central.

Otra columna á las órdenes de Hernando de Alvarado se dirigió desde Cibola al Este y encontró al otro lado de las sierras de Zuñi varias poblaciones indias construidas de un modo análogo á Cibola ó Zuñi. La mas notable de esas poblaciones era Acuco, hoy Acoma, pero en idioma zuñi llamada todavía Hak-ku-kiá (Acuquiá), por estar edificada sobre una peña arenisca toda desgarrada. En su lado Norte el viento había acumulado en el transcurso de siglos tanta arena, que formaba una rampa por la cual se podía subir hasta muy cerca de la cima. Sin embargo el último trozo que faltaba para llegar á la cúspide era peña desnuda á la cual se subía por un sendero angostísimo que serpenteaba por una hendidura con trechos tan escarpados que sin los palos clavados allí á manera de peldaños por los indios, la subida habría sido imposible, y aun así Alvarado y su gente tuvieron que valerse de piés y manos. Todas estas aldeas situadas cual nidos de águilas en elevados peñascos tenían cerca un río que se dirigía al Sudeste y desembocaba no muy lejos de allí en otro río mayor que se dirigía al Sur; mientras hasta Cibola todas las corrientes se habían dirigido al Oeste, conforme había notado el capitán Jaramillo que en su *Relacion*, l. c. pág. 308 dijo: «Todas cuantas aguas hallamos, y rios é arroyos, hasta este de Cibola (el Zuñi), y aun, no sé si una jornada ú dos mas, corren á la mar del Sur (el grande Océano), y los dende aqui adelante á la mar del Norte (el golfo de Méjico).» Resulta de este pasaje que la columna de Alvarado y despues toda la expedición pasaron la divisoria hidrográfica entre el Colorado del Occidente y el Río Grande del Norte, volviéndose á reunir en la comarca de Tiguex. Luego llegó Coronado á orillas del río Pecos tributario del Río Grande, porque un indio le había hecho creer, entre otras muchas fábulas de ciudades riquísimas en oro y plata, que allí había una de ellas, muy fuerte y repleta de tesoros, llamada Cicyuy, cuyo cacique dormía su siesta á la sombra de un corpulento árbol de cuyas ramas colgaban campanitas de oro que movidas por las brisas llenaban el aire de suaves y armoniosos acordes. A este cuento añadió el desvergonzado embustero que él mismo había tenido en su poder algunos cascabeles del precioso árbol, pero que el cacique se los había quitado. Esta población, á la cual se dirigieron sin perder tiempo los españoles para buscar las campanillas y cascabeles de oro, ni siquiera ofrecía rastro del precioso metal, siendo quizás la misma población de Sacayé que figura en un atlas geográfico publicado por el norteamericano Tomás Jeffrey en 1775. Irritado Cárdenas del engaño, desahogó su ira en la persona del cacique á quien se llevó prisionero para entregarle á su regreso á su jefe Coronado que lo tuvo preso medio año. Esta prision suscitó un levantamiento general de los indios de toda aquella region contra los españoles, á los cuales, continuamente inquietados durante el invierno, costó mucho trabajo sostenerse en Tiguex.

En mayo de 1541 púsose Coronado en camino con su

(2) Véase J. W. POWELL, *Exploration of the Colorado river of the West*. Washington 1875, pág. 195.

ejército para llegar á Quivira, de cuyas riquezas había oído también contar mucho. Pasó el río Pecos, marchando luego en dirección Nordeste al pié de una cordillera por páramos solitarios, y encontrando de cuando en cuando indios que vivían de la caza sin moradas fijas, en tiendas de campaña hechas como sus vestidos y calzados de las pieles de los búfalos que mataban y de cuya carne se mantenían. Mas adelante encontró un indio que manifestó por medio de signos que ya había visto españoles, que no podían ser sino Cabeza de Vaca y sus compañeros de desgracia. Despues de haber marchado un mes á jornadas pequeñas en dirección Nordeste llegó el ejército á un río caudaloso, el Arcansas, que llamó Coronado por el día de su llegada Río de San Pedro y San Pablo. Al otro lado volvieron los españoles á encontrar indios cazadores cuyas aldeas estaban distantes tres ó cuatro jornadas hácia Levante, y pertenecían ya al territorio de Quivira.

Los historiadores de la época están casi todos acordes en que Coronado llegó con su ejército hasta los 40° de latitud Norte aproximadamente, es decir, hasta al extremo Nordeste del territorio de Kansas por donde pasa el río Misuri, á cuyas orillas se detuvo. Así lo corrobora claramente Jaramillo que figuró en la misma expedición, cuando en su relación describe con satisfacción el país de Quivira como bellísimo y cubierto de verdor; propio para todos los cultivos, como no pueden serlo mas ni España, ni Francia, ni Italia, porque á orillas de algunos arroyos hasta encontraron vides con uvas de sabor bastante agradable. Además dice que allí no hay altas cordilleras sino solamente suaves colinas; que muchos rios fertilizan el suelo, y habiendo pasado el Río de San Pedro y San Pablo llegaron á otro mucho mas caudaloso en cuyas riberas eran mas numerosas las poblaciones indígenas.

Aquellos indios ninguna noticia tenían de metales preciosos, y los adornos mas ostentosos que gastaban los mismos caciques eran simplemente de cobre. Considerando esta pobreza y atendiendo á que había entrado ya el mes de agosto; á que nada había allí que pudiera satisfacer la codicia de los expedicionarios, ni lo ofrecía tampoco al parecer el país de Harahey que citaron los indios cuando los españoles se informaron de lo que había mas allá; á que por tanto el ejército se exponía inútilmente á ser sorprendido por el invierno en las altas y áridas mesetas si tardaba mas tiempo en regresar, decidió el jefe emprender su regreso, y para señal del punto hasta donde había llegado hizo plantar allí una cruz y grabar en el madero su nombre, Francisco Vazquez de Coronado. Eligió para el regreso un camino mas meridional que le condujo á comarcas mucho mas estériles que las pasadas anteriormente, y además cubiertas de pantanos salinos con costras de sal de 4 á 5 pulgadas de espesor. Atravesó el Llano Estacado por su parte septentrional; pasó el río Pecos unas 30 leguas mas al Mediodía que á la ida y llegó á Tiguex, donde inveró con su ejército.

Durante su ausencia en el territorio de Quivira, habían salido de Tiguex diferentes columnas exploradoras en dirección Norte y Sur por la cuenca del río, encontrando en todas partes poblaciones indias de igual carácter que las que habían visto hasta entonces. La expedición mas lejana bajó por el Río Grande y llegó hasta un punto donde el río se ocultaba en lo interior de la tierra desapareciendo de la vista. Este punto no podía ser sino el situado á los 31° 39' de latitud Norte, donde penetra el río en el famoso cañon en que el hombre no ha podido penetrar todavía. Los indios dijeron allí á los españoles que mucho mas abajo volvía á salir el río mas caudaloso que antes.

Coronado había destinado la primavera siguiente á em-

prender otra expedición á Quivira, y pensaba comenzarla temprano para penetrar mas adelante en aquel territorio fértil, pero tuvo que desistir de esta empresa porque al correr la sortija con Pedro Maldonado, cayó del caballo y quedó gravemente herido. Este desgraciado accidente fué causa de que ordenara el regreso á Culiacan por Cibola, en el mes de abril de 1542, y lo efectuó sin que ocurriera nada de particular; pero cuando se presentó al virey en la capital para darle cuenta de la expedición tan costosa y que ningún beneficio había reportado, aunque sin culpa de nadie, el virey le recibió muy mal y le quitó el gobierno de la parte septentrional del vireinato, llamada entonces Nueva Galicia.

La inconmensurable extensión del territorio hácia el Norte y Noroeste, aumentada todavía en la imaginación de los españoles con el descubrimiento del golfo de California, detrás del cual la tierra se extendía infinitamente hácia el Oeste, dió lugar á suposiciones geográficas y etnográficas muy peregrinas. Así el capitán Castañeda creyó los indios de Quivira originarios de la India Oriental ó en general de los dilatados territorios que se extienden de la China hasta Noruega, porque sus costumbres y género de vida eran completamente distintos de los que hasta entonces se habían observado entre los naturales del Nuevo Mundo. Presumía que despues de haber llegado de tan lejos habían pasado las cordilleras y seguido luego el curso de los rios que se dirigían al Sur, como el Río Grande. Estas ideas equivocadas, de estar unida por un lado la América septentrional al Asia y por el otro á la Europa, predominaban entonces entre los sabios de Europa y hasta mucho despues dominaron también en el ánimo de los de la misma América, como lo prueban la carta de marear que forma parte de la Geografía de Claudio Tolomeo publicada en idioma latin en Venecia el año 1562, y la Historia de la Nueva España publicada por Lorenzana, arzobispo de Méjico, en esta misma ciudad el año 1570, en cuya obra dice el autor (pág. 38): «y aun se ignora si confina (Méjico) con la Tartaria y Groenlandia; por las Californias con la Tartaria y por el Nuevo Méjico con la Groenlandia».

Para explorar y fijar la extensión del continente norteamericano, y ver si se encontraba la deseada comunicación marítima entre el Atlántico y el Grande Océano, se emprendieron todavía algunas otras expediciones; pero por diferentes motivos y circunstancias no pasó ninguna de los 43° de latitud Norte.

Una de estas expediciones, luego que hubo regresado Coronado de la suya, fué confiada á Juan Rodríguez Cabrillo que exploró la costa occidental de la península californiana en el verano de 1542; pasó la isla de Cedros á los 28° de latitud y debió llegar á los 40° de latitud Norte, porque vió allí una cordillera elevada cubierta de nieve que no podía ser sino la Sierra Nevada. Invernó en un puerto junto á la isla de Posesion, donde murió de una caída. Su sucesor, el piloto mayor Bartolomé Ferrel, avanzó mas y pretendió haber llegado á los 43° de latitud Norte, pero su relación no es muy clara, y mas allá la configuración del continente continuó siendo un misterio.

Para descubrir y ocupar la comunicación marítima entre los dos mares que se creía entonces había de existir en el Norte, como existía el estrecho de Magallanes en el Sur, y que recibió entre los años 1560 y 1570 hasta el nombre de estrecho de Aniano, el rey Felipe III de España envió todavía en 1602 una escuadra desde Europa, á fin de que no pudieran penetrar en ella enemigos de España y presentarse súbitamente en las costas del Pacífico con intenciones hostiles; mas como no se encontró el tal estrecho, se abandonó